

# La ciudad fantasma

# I

Junta dedos y manos.  
Nada de lo que ves es cierto.  
Ni aquella catarata blanca  
que cae del cielo.  
Ni esa mirada negra  
que respira del mar.

Junta dedos y manos.  
Ni tu antebrazo es cierto.  
No lo son ni tus hombros ni tu pecho.  
Ni el rostro de tu cuerpo es cierto.

Junta dedos y manos.  
Sólo ellos son reales  
a punto de caer sobre el vacío.

## II

La tormenta de mil  
y la rabia de mil  
corren por la necrópolis  
y alcanza el cenit una media luna  
y nace en muchos ojos  
un veneno lunar.

En cada corazón se escucha un viento  
que arrastra por confines  
las voces extraviadas.  
Y bajo los sudarios  
hay miradas que tienen el desierto,  
miradas que lo entregan.

Detrás de las murallas  
un desierto de sueños  
golpea la muralla.

Y es el color del tiempo  
y es el olor del tiempo  
aquel de las murallas en el mar.

Sabe a nocturnas podedumbres.  
¿Y quién murmura?  
¿Y quién te toca por la espalda?

### III

Mira los niños.  
En las terrazas  
lanzan sus ojos  
a las galaxias.

Un obús caza  
los tiburones.  
Sangre de asombro.  
Niños. La noche.

#### IV

A mi lado en el tren, un asiento vacío.  
Llevo un vestido tuyo.  
Le pongo tu cabeza. Lo relleno  
de periódicos tristes.  
Y lo siento a mi lado con peluca.  
Eres este muñeco.  
Eres tu peor parte  
para los pasajeros.  
Te miro, te reprendo.  
Vuelves los ojos  
y los pones en blanco.  
Y explota la cabeza que te puse  
por fin.

Qué fácil es, mujer en la ventana,  
ser la melancolía de esa casa.  
Miras la noche y eres silenciosa.  
Tus dedos la sujetan.  
Nada importa. Tampoco este destino.  
Ninguno de los muertos desea regresar.

## VI

*(sobre un tema de Lorca)*

La marca de tu dolor tiene  
cuatro balcones de invierno  
y la memoria sucia de días  
que se fugaron por calles iguales.

La marca de tu dolor gime  
dentro de lentas pesadillas  
reptando entre altos árboles  
rotos en mundos malgastados.

La marca sueña y nadie la dibuja en su puerta  
porque allí viven hombres de metales cobardes  
y suenan las monedas y los pasos de nieve  
que guiaron ciudades a un barranco de insectos.

Los tesoros que buscas son cofres con los huesos  
de aventuras perdidas y barcos traicionados.  
En las corrientes manda la máscara de ti  
y los dados en blanco que tiraste en el tiempo.

El mar ya se ha secado entre avenidas de hierro  
y las dársenas miran arenales sin huellas.  
Por los puertos la prisa de peatones nerviosos  
como Adán de los naufragos daba nombre a las ruinas.

## VII

El muerto avisa en su vestido.  
Su piel contra la tela busca cárcel.  
Se cierran las persianas.  
Pasea.  
El muerto avisa en las ciudades.

El muerto está en la orilla.  
Hay pies que le rodean,  
pateras en la espuma.  
Hay cangrejos que indagan los centros comerciales.  
Y una tortuga vende a un policía  
chalecos anti-tiempo.  
El muerto tiene prisa de que le saquen fotos  
que no ardan en el fósforo del megacementerio.

Hay dados en tu mano y el muerto te vigila  
Los tiras al vacío y el muerto te comprende.  
La caja los registra contra el muro, al contado.  
Y vamos a la nada por caminos de todo.

El muerto lee los libros del pasado,  
talla en los bosques troncos de palabras  
y las letras son sólo cortinas en el viento,  
otra barca que escapa, otra isla que engaña  
un olor de tesoros temblando en la maleza.  
Otra ciudad camina por las calles  
con ojos como gotas que roen el fregadero.

El muerto compra aquellos ascensores  
que siempre le regalan los botones de stop  
y trabaja pegando carteles con tu nombre  
para que tú te busques, te entregues y te cobres.

Hay ríos y hay un puente con pilares de piedra  
que ahondan su destino en un tiempo profundo.  
La corriente se lleva un deseo de peces  
y el muerto pesca prisa con anzuelos tan lentos  
que nunca recupera todo el tiempo perdido.

Si quema los rastrojos de los campos  
se le incendian los bosques del olvido.  
Si el muerto se emborracha, le queman los gusanos,  
porque aún no conoce la palabra precisa  
para enlazar tu mundo con tu muerte.

Quizá si los caballos espolea del aire  
es para respirar en el galope,

es para comprender al trote.  
Para sobrevivir al paso.  
Quizá salta una valla y se cae en el barro  
y le modela Dios, con sed, sin alma.

Lo mira el pájaro, muy lejos, solo,  
vareando las ramas como el viento,  
recogiendo un esfuerzo de aceitunas.  
Y por los surcos del sembrado corre un agua  
que no ha dejado de venir eternamente  
de los lodos de la creación, de albercas  
en donde los dioses son algas.

El muerto usa una azada:  
su sombra  
con la que busca el alba en el crepúsculo.  
El muerto usa un tractor:  
sus dientes  
con que siega gargantas del deseo.  
Son los largos trigales bajo el sueño.  
Son los hombres que tallan en las piedras  
sus armas, sus palabras y salarios.  
El muerto usa una pala  
con la que entierra el mundo.

Tiene un amor el muerto  
y le envía las flores de su sangre.  
Y su amor bebe rojos los abrazos y ríe,  
y se lava las manos en la fuente:  
una toca los peces contra el tiempo,  
otra busca monedas  
que arrojaron los sueños de los otros.

El muerto nunca resucita,  
mira absorto la luz que deja atrás.  
Se crucifica en cruces de caminos pasados.  
Lo anduvo en mal morir,  
en dejarse matar,  
en matar lo que pudo.

El muerto tiene periscopios  
y espía las familias en sus barcas.  
No hay remos sino días,  
no hay días sino anémonas tendidas  
en las rutas de todo viaje.  
Y hay un pez predador en tu mirada.

Nada un pez luna toda la ciudad.  
En su ojo fosforece tu vacío.  
Acaricia su aleta los espacios que fuiste.

Enfría su barriga tus huellas más recientes.  
Acerca su pupila  
a semáforos verdes  
y se ilumina con el fantasma de tus pasos.  
El semáforo cambia a rojo  
y el pez luna se aleja al callejón de nada  
donde suenan las leyes,  
los himnos, los jadeos  
que hicieron a los hijos quemando calorías.

Hay muertos muy delgados  
en los montones de basura.  
Hay otros gordos en las grandes avenidas  
que fueron disecados como momias o alimañas.  
Hay águilas arriba,  
sobre los miradores de planetas.  
El pez luna las mira  
y se escabulle en tu memoria.

Busca tu corazón para escaparse,  
el ritmo muscular de tu latido,  
para fluir por tu sangre,  
para esconderse por tus células,  
para abismarse por tus genes,  
y bailar en tus átomos  
y nadar en la nada  
y nadar hasta el fin,  
hacia ninguna parte,  
libre aún, poderoso, malperdido.